



Susana Pastor

HOMENAJE A JOSÉ MIGUEL OVIEDO

*Los del cincuenta vivíamos
todos en Santa Beatriz*

FERNANDO DE SZYSZLO*

A noche, en la primera parte de este tan merecido homenaje a José Miguel Oviedo, Ampuero contó las circunstancias en que Oviedo conoció a Sebastián Salazar Bondy. Y cómo, al conocerlo, José Miguel inició instantáneamente una amistad que duró hasta el día de la muerte de Sebastián. Tuvo con él una relación profunda, de hermano menor, con todas las coincidencias y desacuerdos que pueden surgir de un afecto y un respeto mutuo muy profundos. Nunca olvidaré que el día del entierro de Sebastián todos estábamos tan afectados que, finalmente, el más joven, José Miguel Oviedo, fue quien aceptó decir unas palabras ante el féretro. No recuerdo si se lo dije o solamente lo pensé, pero yo sabía que no podría hacerlo. Hubo un silencio antes de que comenzara y luego el ruido de demasiadas palabras, demasiados sentimientos impidiéndole hablar.

Tampoco puedo dejar de recordar ahora que fue Sebastián quien me presentó a José María Arguedas en una librería que había en el Jr. Carabaya. Se llamaba Crédito Editorial Ayza y pertenecía a un coronel exiliado de la república española; allí se

encontraban muy buenos libros. Hasta hoy conservo la edición original, firmada por Rafael Alberti, de *Marinero en tierra*.

Por intermedio de Arguedas entramos en contacto con todo el grupo de la Peña Pancho Fierro, de la que resultamos inmediatamente habitués.

Sebastián era una persona nacida con unas dotes increíbles para la amistad. Seguramente por su generosidad, porque carecía de envidia ya que tenía un placer especial en ayudar a sus amigos a satisfacer sus propósitos. Él fue, sin duda, parte determinante en la aglutinación de lo que sería la generación del cincuenta.

La Avenida del Soldado Desconocido, donde yo vivía (luego le cambiarían el nombre por otro menos poético, Nicolás Arriola), quedaba en Santa Beatriz, en esa época un barrio relativamente nuevo que se fue poblando de una clase media emergente. Por azar, allí convergieron muchos de los que nos formamos en el ambiente cultural limeño, la llamada generación del cincuenta. La Urbanización Santa Beatriz era una manifestación del crecimiento de Lima hacia el sur, a lo que se llamaba los balnearios, y que se inició con fuerza al final del gobierno de Leguía.

Es impresionante pensar que en un espacio de poco más de un kilómetro cuadrado habitaba un grupo tan numeroso de gente que tendría en poco tiempo

* Discurso en el Homenaje a José Miguel Oviedo, organizado por la Cátedra Vargas Llosa y el Centro Cultural de la PUCP, realizado el 3 de abril de 2013.

gravitación en el cambio del medio cultural de Lima. José Bresciani, entonces pintor y luego biólogo de la Universidad de Copenhagen, vivía frente a mi casa en Soldado Desconocido; Javier Sologuren vivía en la calle Teodoro Cárdenas, junto al cine Azul; Sebastián y Augusto Salazar Bondy en Carlos Arrieta: Emilio y Judith Westphalen en la calle Emilio Fernández; José Malsio, también en la misma calle, al costado del Parque de la Reserva; Celia y José María Arguedas en Manuel Segura; Jorge Eduardo Eielson en Mateo Pumacahua; Carlos Germán Belli en Enrique Barrón, si mi memoria me es fiel; Blanca Varela en Mariano Carranza; Enrique Pinilla en la cuadra 9 de Arenales y José Durand en la 11 de la misma avenida. Creo que Julio Ramón Ribeyro también vivía en los alrededores, pero entonces yo no lo conocía.

Fue también Sebastián Salazar Bondy quien llevó un día a mi casa, en 1958, a Mario Vargas Llosa. Este estaba en vísperas de partir a un viaje a París y se encontraba editando un librito de poemas de César Moro traducido al español y quería que yo lo ilustrara con un grabado en madera, que ciertamente hice. A José Miguel Oviedo lo conocí, igualmente, gracias a Sebastián, y comenzaron él y Martha —todavía solteros— a reunirse en nuestro departamento de la avenida Diagonal en Miraflores, a donde caían regularmente Sebastián cuando regresó de Buenos Aires, nuevamente soltero, alguna vez Toño Cisneros y su esposa de entonces, y Paco y Angélica

Moncloa. Desde allí partíamos a un chifa, generalmente el Kuo Wha, a la espalda del edificio Marsano, y que a la entrada tenía unos estanques con grandes peces de colores.

Fuera de los artículos de crítica literaria, Oviedo publicaba en el Suplemento Dominical de *El Comercio* una columna de pequeñas notas o apostillas titulada “Las peras del olmo” —me parece que el nombre lo tomó prestado de un texto de Octavio Paz—, donde desplegaba toda su ironía y humor sobre los desaguados de algunos poetas jóvenes locales.

Este crítico grave de las universidades de Los Ángeles y Pensilvania, José Miguel Oviedo, tiene un agudo sentido del humor no solo para dar unos hincos a sus colegas poetas jóvenes y un poco menos jóvenes, sino que recoge palabras de la vida cotidiana. Recuerdo que tenía un ama para sus hijos que, según él, decía “puertero” por portero, “antevedejos” por anteojos y otras más que he olvidado. Los sábados nosotros inventábamos palabras del diccionario. Por ejemplo, Sebastián inventó: “Cómo se dice, ‘jugando póquer en Suecia’, ¿carta?”: “¡Gosta Lettersen!”. José Miguel: “Almorranas” en quechua: “Tara Poto”. Y yo: “Cáncer al útero en ruso”: “Taras Bulba”.

Sé que no es necesario que les diga que no soy crítico de arte y menos de literatura y poesía. Pero cómo decir que no cuando a un amigo tan querido como José Miguel le hacen un homenaje tan justo, que no solo lo prestigia a él sino a la Cátedra Vargas Llosa que lo propone. Gracias. ■